

Moscú 1893, pp. 4-10. El manuscrito correspondiente a la versión A se conserva en Venecia (Marciana, gr. 1123, fol. 255a-257a), y el de la versión B en Viena (Nationalbibliothek, gr. hist. 67, fol. 18-19). Ambas derivan —según Casey y Thomson— de una fuente común.

Existen además dos fragmentos eslavos del mismo diálogo, también en versiones distintas, y publicadas por N. Tikhonravov, en el vol. II de su colección de apócrifos rusos, Moscú 1863. Según Casey y Thomson —que publican una traducción inglesa de ambas versiones rusas (R1 y R2) en las páginas 53-58 y 58-60, respectivamente, del mencionado artículo—, también estas versiones eslavas derivan de originales griegos.

Al comparar las cuatro versiones, llegan a la conclusión de que la versión griega A y la rusa R1 son las que están más cerca del arquetipo griego. Por lo que respecta al lugar de origen y la datación de este arquetipo, se inclinan a pensar en Constantinopla, Palestina o el Monte Atos, no antes del siglo III y no más tarde que el siglo V.

Todo lo anterior sirva de introducción para presentar unas concordancias, preparadas por A. Fuchs y publicadas como vol. 7 de la serie B de los «*Studien zum Neuen Testament und seiner Umwelt*» (SNTU), donde fueron publicadas también —entre otros títulos— unas concordancias al Protoevangelio de Santiago (A. Fuchs, *Konkordanz zum Protoevangelium des Jakobus*, Linz 1978, SNTU B-3), así como al Evangelio de Tomás (A. Fuchs-F. Weissengruber, *Konkordanz zum Thomasevangelium*, Linz 1978, SNTU B-4).

El vol. 7 que comentamos aquí contiene, separadamente, unas concordancias de ambas versiones griegas (A y B) del «Diálogo entre Jesús y el diablo», basadas en la mencionada reedición de Casey y Thomson. Para cada versión se ofrecen las cuatro siguientes concordancias: a) todas las palabras griegas en orden alfabético, transcribiendo todo el contexto de la frase; b) un índice lingüístico-gramático de *autos*, *kai* y las formas del artículo; c) una relación alfabética, indicando la frecuencia de cada palabra, d) una relación de palabras por orden de su frecuencia.

Estas concordancias, tan cuidadosamente preparadas, serán sin duda alguna un valioso instrumento de trabajo para el estudio de este apócrifo neotestamentario. Con todo, me permito la siguiente sugerencia: en el prefacio (p. 5), al mencionar los principios que determinaron la elaboración de estas concordancias, se remite sin más explicaciones, a los volúmenes anteriores. Pienso que el lector agradecería encontrarlos expuestos también en este libro.

KLAUS LIMBURG

Henri CAZELLES (dir.), *Introducción crítica al Antiguo Testamento*, trad. cast. de Jem CABANES, Barcelona, Herder («Introducción a la Biblia», t. II), 1981, 916 pp., 14 × 21,5.

Hace un cuarto de siglo (1957) desde que la casa Desclée publicó en dos tomos la primera edición de la *Introduction à la Bible*, dirigida por

A. Robert y A. Feuillet. Bastaron unos quince años de investigación bíblica, para que ya no pareciera factible una simple reedición de esta obra que la crítica consideraba entonces como una de las introducciones más modernas en el campo de la exégesis católica. La nueva edición, publicada en francés a partir del año 1973 y traducida ahora al castellano por la editorial Herder, está proyectada en cuatro libros: I) *Introducción a la hermenéutica bíblica*; II) *Introducción crítica al Antiguo Testamento*; III) *Introducción crítica al Nuevo Testamento*; IV) *Introducción a la teología bíblica*. Después de diez años, sin embargo, no han aparecido todavía el primero y el último.

Me limito aquí a comentar la *Introducción al AT*, publicada bajo la dirección de H. Cazelles. Consta, además, de unos *Preliminares* y de una *Conclusión*, de cinco partes, dedicadas cada una de ellas a un conjunto de libros inspirados, tal como vienen agrupados en la Biblia hebrea (Pentateuco, Profetas anteriores, Profetas posteriores, Hagiógrafos), más los libros deuterocanónicos.

El tomo se abre con los *Preliminares*, bajo el título *El marco histórico de la Biblia* (pp. 34-114). El texto redactado anteriormente (ed. 1967<sup>2</sup>) por E. Cavaignac (†) y P. Grelot, ha sido aumentado por este último y por J. Briend —profesor del Instituto Católico de París y nuevo colaborador en esta obra— en 30 páginas. (Para valorar este dato y los siguientes acerca del número de páginas, hay que tener en cuenta que, en la anterior edición castellana, cada página tenía más texto que en la actual). Este aumento afecta sobre todo a los antiguos cap. I y II, que han quedado desdoblados en cuatro, concediendo así un espacio mayor a los orígenes de la historia de Israel y de los pueblos vecinos. También el cap. V: *De la hegemonía asiria a la de Babilonia* (p. 71-83) fue retocado en parte, mientras que los cap. VI: *El imperio persa*, VII: *Los griegos y el oriente*, y VIII: *La hegemonía romana*, han quedado prácticamente inalterados, excepto los datos bibliográficos que se ha puesto al día. Para los orígenes de la historia de Israel, los autores siguen preferentemente a R. de Vaux, *Histoire ancienne d'Israel* (Paris 1971), si bien en algunas cuestiones concretas parecen discrepar (cfr. pp. 57 y 59).

No cabe duda de que se trata de un excelente resumen de la historia de Israel, con una gran cantidad de datos y que tiene en cuenta las investigaciones más recientes. Sorprende, sin embargo, que unos acontecimientos a los que la Biblia concede tanta importancia, como son la estancia de Israel en Egipto y su salida, queden despachados con una nota a pie de página, remitiendo sin más explicaciones a R. de Vaux, *Histoire ancienne d'Israel*, p. 288: «No existe una tradición bíblica sobre la 'estancia' en Egipto» (p. 51, nota 19).

La parte primera, *La «Torah» o Pentateuco* (pp. 115-273), corre otra vez a cargo de H. Cazelles, especialista francés en esta materia, y que ha duplicado casi el número de páginas, de 90 a 160. Para ello ha refundido enteramente su contribución anterior, retomando elementos esenciales de su artículo *Pentateuque*, publicado en el *Supplément au Dictionnaire de la Bible*, t. VII, Paris 1963/64. Mientras que el cap. I: *El aspecto literario del Pentateuco* (pp. 121-129), ha sufrido sólo cambios de detalle, el cap. II: *El trabajo de la crítica* (pp. 130-163) ha sido considerablemente

aumentado y mejorado. Gran espacio se concede a Wellhausen y su escuela. En el § V (p. 151s.), el autor vuelve a insistir en la conveniencia de distinguir entre los datos históricos y religiosos, aportados por esta corriente de investigación, y la filosofía religiosa que los reunía en un sistema, para señalar a continuación precisamente los puntos débiles de ese sistema (pp. 152-154).

La materia contenida en los antiguos cap. III-V ha sido en parte suprimida, en parte reagrupada, reuniendo así el principal material arqueológico en el nuevo cap. III: *El Pentateuco y la arqueología* (pp. 164-175), añadiendo al cap. IV: *Nuevos aspectos de la crítica literaria* (pp. 176-184), un nuevo § IV, dedicado a la historia de las tradiciones, y dando lugar a un nuevo cap. V: *Las formas literarias del Pentateuco* (pp. 185-199). Todo ello muestra la gran competencia del autor y su capacidad para familiarizar al lector con esta materia compleja y difícil de la exégesis. Finalmente, el detallado y sugerente cap. VI: *Sinopsis sobre el contenido y la teología del Pentateuco* (pp. 200-273), ha quedado duplicado en páginas con respecto a la edición anterior. Cabe señalar aquí la mayor decisión con la que el autor defiende ahora la teoría de los documentos (p. 219). En la discusión acerca del origen del Deuteronomio, el autor propone una solución intermedia (p. 251). Por lo que respecta al papel de Moisés como legislador, la edición anterior hablaba todavía de «razones muy poderosas (...) para atribuir a Moisés esta primera compilación jurídica, que es el código de alianza» (p. 330, ed. 1967<sup>2</sup>), afirmación que ya no se mantiene en la edición actual (cfr. p. 238s.). Por otra parte, y en contra de otras divisiones propuestas, como la de un Tetra o Hexateuco, el autor insiste que «el proceso histórico de la composición de la torah da como resultado un Pentateuco» (p. 185).

Para la parte segunda que —según el uso de la Biblia hebrea— se titula *Los libros proféticos anteriores* (pp. 275-362), J. Briend se ha unido a J. Delorme. Entre ambos presentan un trabajo aumentado en 20 páginas y en muchos puntos revisado. Aun conservando la estructura anterior, esta revisión afecta no sólo a la puesta al día de la bibliografía, sino también a una serie de problemas literarios y datos arqueológicos, dando lugar a soluciones nuevas. Así, mientras en la edición anterior se afirmaba que «los cuatro profetas anteriores ofrecen una cierta unidad» (ed. 1967<sup>2</sup>, p. 363), ahora se dice que «presentan una unidad segura» (p. 277). Para ello, los autores exponen con más amplitud la hipótesis de M. Noth, pero no sin matizarla en un aspecto importante, al decir que «la pertenencia primitiva del Dt al mismo conjunto literario es menos evidente» (p. 278).

Con respecto a la arqueología, se ha tenido en cuenta las últimas investigaciones (cfr. p. ej., p. 288s.). Al mismo tiempo, se observa una mayor reserva de los autores en la utilización de estos datos arqueológicos, dando preferencia a la crítica literaria (cfr. p. 290). En un momento dado y quizá como consecuencia de fijarse exclusivamente en los métodos crítico-literarios, se nota un olvido —al menos en la práctica— de los demás criterios de la exégesis bíblica. Hablando de los milagros de Josué, la edición anterior citaba la siguiente frase de A. Gelin: «Será satisfactoria una solución que tenga en cuenta a la vez la providencia especial de Dios sobre su pueblo y el género literario del texto», para volver a insistir a con-

tinuación en «estos dos principios: intervención divina y género literario» (ed. 1967<sup>2</sup>, p. 374). En vez de esto, se lee ahora: «Hay que tener en cuenta, al mismo tiempo, el género literario de los textos y la fe que en los mismos se expresa» (p. 291). Los resultados maravillosos de la conquista se consideraba antes «signo de la intervención divina» (ed. 1967<sup>2</sup>, p. 374); ahora se dice que «en ello ven (los protagonistas) la intervención divina» (p. 291); «la acción de Dios» (ed. 1967<sup>2</sup>) es sustituido por «la afirmación de la acción de Dios» (ed. 1981). Así se puede correr el riesgo de sustituir la intervención divina en la historia por el testimonio de las concepciones religiosas de sus protagonistas o narradores. En cambio, es de agradecer que los autores hayan mantenido al final de cada capítulo un epígrafe acerca del valor religioso del libro correspondiente, que viene a ser como un breve esbozo de su teología y que señala la unidad entre la revelación del AT y del NT.

Para la tercera parte, *Los libros proféticos posteriores* (pp. 363-517), dos nuevos colaboradores, L. Monloubou, profesor de las Facultades Católicas de Toulouse, y Th. Chary, de la facultad de Teología de Estrasburgo, han reelaborado a fondo y aumentado de 100 a 150 páginas la contribución anterior de A. Gelin. Monloubou, responsable de los cap. I-IV, ha enriquecido el cap. I: *Los profetas*, con un amplio apartado dedicado al profetismo en el Próximo Oriente Antiguo (pp. 365-373), aduciendo ejemplos tomados de Egipto, Mesopotamia y Canaán. La crítica ha acogido con elogio —a mi entender acertadamente— este método comparativo. Sin embargo, tengo la impresión de que los textos citados muestran —por encima de algunas semejanzas más bien lejanas— sobre todo el abismo que separa este tipo de profetismo, del que encontramos en la Biblia. Por otra parte, se me plantea el problema de la utilidad de querer iluminar algunos aspectos oscuros del profetismo bíblico mediante el recurso a aquellos textos, todavía más oscuros para nosotros (cfr. L. Ramlot, *Prophétisme*, en *Supplément au Dictionnaire de la Bible*, t. VIII, col. 904).

Para el resto de los capítulos de esta parte se sigue, como ya en la edición anterior, el orden cronológico, agrupando a los profetas escritores en cuatro grupos: los del s. VIII: Amos, Oseas, Miqueas y Proto-Isaías (cap. II); los de los s. VII y VI: Sofonías, Nahúm, Habacuc y Jeremías (cap. III); los de la cautividad: Ezequiel y Déutero-Isaías (cap. IV); y los de la época persa: Ageo, Proto-Zacarías, Isaías 24-27, Trito-Isaías, Abdías, Joel, Isaías 34-35, Jonás, Malaquías y Déutero-Zacarías (cap. V). Con respecto a este último capítulo, redactado por Th. Chary, algunos críticos han llamado la atención sobre la excesiva separación de los diversos componentes del libro actual de Isaías, apuntada por otra parte ya en la edición anterior. Aunque este procedimiento resulta congruente con el método cronológico adoptado, sin embargo, se echa de menos una valoración conjunta del libro, tal como fue incorporado a la Biblia.

La parte cuarta, *Los «Ketubim» o Hagiógrafos* (pp. 518-736), está dividida en dos secciones, la primera de las cuales queda reservada a los *Salmos*, mientras que la segunda abarca todos los demás *Escritos* según el canon hebreo: Proverbios y Job, como libros sapienciales; los Cinco Ro-

llos de la liturgia judía (Cantar, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés y Ester); el libro de Daniel; Esdras y Nehemías; y finalmente Crónicas.

La sección dedicada a los *Salmos* (pp. 521-575) que corre —como ya en la edición anterior— a cargo de P. Auvray, es quizá una de las partes del volumen que menos cambios ha experimentado. De todas formas, se pueden señalar, en el cap. III: *Géneros literarios de los salmos*, algunas ampliaciones y precisiones con respecto a los salmos reales (pp. 547-550), así como un breve párrafo nuevo acerca de los *Cánticos de Sión* (p. 551). En el cap. IV: *Origen e historia de los salmos* (pp. 554-559), el autor muestra un gran sentido de equilibrio, evitando posiciones extremas con respecto a las cuestiones de la antigüedad de los salmos, su origen en la piedad individual o colectiva, acerca de sus elementos «originales» o «añadidos», etc. Más de una vez, el autor invita a reconocer, en esta compleja historia de los salmos, nuestro sincero *ignoramus*. Dentro del cap. V: *Doctrina de los salmos* (pp. 560-569), la exposición del § III: *Algunos temas doctrinales*, ha sido enriquecida y concretada. Finalmente, el autor ha añadido a su contribución un nuevo cap. VI: *La utilización de los salmos* (pp. 570-575), lleno de interesantes sugerencias.

Para la sección segunda, *Los otros hagiógrafos* (pp. 577-736), H. Lussseau ha vuelto a incorporar el texto prácticamente íntegro de su excelente contribución anterior, si bien puesto al día con la bibliografía oportuna. De las novedades introducidas hay que destacar sobre todo el nuevo cap. preliminar: *La literatura denominada sapiencial en oriente* (pp. 578-615), que con la abundancia de ejemplos bien seleccionados arroja mucha luz sobre todo para una mejor comprensión de los Proverbios. En esta misma línea de facilitar la inteligencia de los libros inspirados, mediante la comparación con la literatura de los pueblos vecinos, se pueden señalar: la breve sinopsis de máximas de Amen-em-ope con los Proverbios (cap. I, p. 621s.); el tema del sufrimiento del justo en Egipto y Mesopotamia (cap. II, pp. 636-646); así como, en el cap. VI, el nuevo § VII: *El Eclesiastés y la literatura emparentada* (pp. 685-692). Aunque aquí pueda sorprender algo el apartado dedicado a la literatura existencialista contemporánea (p. 689ss.), el intento puede ser justificado para señalar la perenne actualidad de este libro inspirado.

Para la parte quinta, *Los libros deuterocanónicos* (pp. 737-803), M. Delcor, colaborador nuevo, profesor de las Facultades Católicas de Toulouse, ha reelaborado la contribución que A. Lefèbre había escrito para la edición anterior, aunque conservando la estructura y en su mayor parte las posiciones de éste. De todas formas, se puede señalar que la *Introducción* (pp. 739-741) ha sido ampliada y acertadamente puntualizada. En cuanto a Baruc (cap. I), el autor opta por la hipótesis —que él mismo considera como no demostrada— de una redacción final después del año 70 de nuestra era (p. 748). En el cap. II, *Tobías*, se tiene en cuenta los fragmentos encontrados en Qumrán (p. 752s.). En el cap. IV, se introduce un breve apartado nuevo acerca de las fuentes de 1 Mac (p. 770). Igualmente, dentro del cap. V, es nuevo el § III dedicado a los géneros literarios empleados en la *Sabiduría* (p. 785s.). Finalmente, con respecto

al texto del *Eclesiástico* (cap. VI), se recogen algunos datos recientes, debidos también a los descubrimientos de Qumrán (p. 790).

El volumen termina, a modo de conclusión, con una parte dedicada a *La formación del Antiguo Testamento* (pp. 805-860), elaborado también esta vez por P. Grelot. Con excepción de un nuevo § IV, dentro del cap. I, y bajo el título *Las tradiciones antiguas y la teología* (p. 815s.), donde se subraya el carácter verdaderamente teológico de la literatura de Israel desde sus orígenes, el autor ha conservado, con algunos ligeros retoques, su contribución en la edición anterior. Escrito en un lenguaje fluido y asequible, esta conclusión tiene sin duda el mérito de ofrecer al lector una visión de conjunto acerca del desarrollo literario —y, por tanto, indirectamente también teológico— «del libro inspirado» (p. 807) que es el AT. Incluso me atrevo a afirmar que una lectura previa de esta conclusión podría facilitar la comprensión de las partes precedentes, donde se estudia más detalladamente ese proceso de formación del AT.

En resumen, y con palabras del propio Cazelles: «El presente volumen es un instrumento de trabajo, no una suma de conocimientos definitivos» (p. 25). Estas palabras, así como algunas de las observaciones hechas en esta reseña, ponen de manifiesto que se exige al lector del libro sentido crítico y madurez de juicio, para discernir entre lo que son datos y teorías ya más o menos probados, y aquello que se encuentra aún en el terreno de las meras hipótesis. Por otra parte, y como indica el mismo título del libro, los autores han pretendido ceñirse a los criterios de la crítica racional. Esperemos que esta visión forzosamente parcial quede pronto completada con las aportaciones de la hermenéutica y teología bíblicas —que se expondrán en los libros I y IV—, las cuales constituyen como el fundamento y la coronación de una «Introducción a la Biblia».

KLAUS LIMBURG

ABBATIA PONTIFICIA SANCTI HIERONYMI IN URBE, *Liber Danielis prophetae*, Romae, Typis Poliglottis Vaticanis («Biblia Sacra iuxta latinam Vulgatam versionem», XVI), 1981, XLV-152 pp., 20 × 28.

Los monjes de la Abadía Pontificia de San Jerónimo en Roma, aunque con la lentitud propia de un trabajo semejante, continúan la tarea emprendida hace más de setenta años de revisar el texto de la Vulgata, con la paciencia y el rigor que caracterizan el buen hacer de los benedictinos. Con este son ya dieciséis los volúmenes publicados. Se cierra con él los dedicados a los profetas mayores. Queda, por tanto, una parte del Viejo Testamento sin publicar y todo el Nuevo. Como decíamos es una publicación en apariencia lenta, pero no tanto si se tiene en cuenta la meticulosidad que requiere la crítica textual de unos escritos atestiguados por tantos documentos. He aquí la lista de los códices, completos